

LOS PALÚDICOS

Aquiles Montoya

Era un pueblo de largas y sinuosas calles empedradas, al que aún no había llegado la modernidad con sus adosquinados —y ojalá que nunca lo hiciera— a robarse el discreto encanto de las piedras... Todo estaba como antes, como antes de la guerra. Yo caminaba por una acera de baldosas de laja, buscando un lugar dónde tomar unas cervezas que calmaran mi sed y mitigaran el calor de aquel bochornoso mediodía de verano que tal parecía querer derretir hasta las mismas hojas de los árboles, como alguien escribió en alguna parte.

Penetré a una tienda, con mis esquemas de capitalino naturalizado, pero encontré tan solo la realidad de mi infancia pueblerina: unos viejos mostradores repletos de viejas madejas de lana enrollada, botones de todos los colores en unas cajas de cartón arrugados por el tiempo, sedalinas desteñidas, alfileres y agujas, hilera número ocho, la mejor para elevar piscuchas y muy bien doblados una cantidad de papel de china de pálidos colores y tras los mostradores, como una parte más de la pulpería, una agradable anciana que con sonrisa dulce, me preguntó: ¿qué buscaba joven? Medio sonriente le respondí que algo de beber, por aquello de joven, siendo que ya rebasaba los cincuenta. Y ella me dijo que sólo vendía mercería y que quizás en el chalet del parque podría encontrar algo. Le pregunté acerca de cómo llegar hasta allí y ella, con toda la paciencia del mundo, me explicó cómo hacerlo.

Caminé en el rumbo indicado por la anciana, que mucho me recordaba a una tía abuela ya difunta y al doblar una esquina, no pude dejar de detenerme a contemplar una escena propia del siglo pasado, —en el primer mundo, como dicen los de ese mundo para más joder— cuando al escuchar el llanto de un niño, miré por una ventana que estaba a la altura de mi rostro y contemplé asombrado y lleno de tristeza: cuatro seres humanos tendidos en el suelo, enrollados en trapos viejos, como si hubiesen sido momias egipcias. No resistí la realidad y penetré hipnotizado por el dolor a aquella casa, en la cual destacaba el piso de ladrillo de cemento sin brillo de la sala-dormitorio-cocina. Observé detenidamente el rostro amarillento de una mujer y luego, no sin asombro, reparé en que los dos niños varones y la hembrita, también presentaban el mismo triste semblante amarillento-cenizo. Indagué, con un varón adulto que se aproximó al notar mi presencia, acerca de aquella escena de muerte y tan sólo logré sacarle que todos estaban enfermos de una enfermedad extraña y que pronto morirían.

- Pero lo que tienen es paludismo, le dije. Y él tan sólo se encogió de hombros, como queriendo decirme que mi diagnóstico no alteraba en nada la realidad.
- ¿Y por qué no los lleva al hospital? —le manifesté.
- ¿Para qué? —me respondió— Si de todas maneras se van a morir y además, no tengo ni siquiera para comer, mucho menos, para pagar el pasaje en bus, agregó.

La mujer se dio vuelta al escuchar nuestras voces y clavó su mirada en mi rostro, como pidiendo una ayuda que yo no sabía cómo darle. Pero ello bastó para iluminar mi cerebro y me impulsó a salir apresurado de aquel lugar con olor a muerte, a miseria y a mierda.

Caminé rápido, como quien sabe a donde va, pero sólo huía, al menos eso es lo que yo creía; sin embargo, tenía grabado en mi mente a los niños y el rostro de aquella mujer de apariencia hindú, enrollada en los trapos cual leprosa y con una terrible expresión de dolor y de frío, en aquel miserable día de tanto calor en el que yo había ido a parar a su casa, buscando refrescarme con unas cuantas cervezas y me encontré con la realidad cotidiana de los pobres, la cual a ratos se nos pierde en medio de las tantas pági-

nas que hay que leer, día tras día, en las universidades. Bueno, en las auténticas universidades, porque ahora cualquier cosa que entregue títulos, presume de ser *Universidad*.

Mientras bajaba en la dirección apuntada por la anciana de la tienda, observé una farmacia y penetré a ella con todo el ímpetu de un iluminado, y pregunté por unas pastillas a base de quinina. El encargado, me observó detenidamente y en vez de atenderme, me increpó el por qué yo no había respetado mi turno en su farmacia y manifestó:

- Aquí todos respetan su turno, porque todos tienen urgencias.
- Disculpe, le manifesté, pero es que necesito unas pastillas para el paludismo.

Sentí que se reía, pero me hice el desentendido. Pensé en la miseria humana que había dejado atrás, pero que seguía frente a mi en mi conciencia.

- Tiene pastillas de quinina, le pregunté, nuevamente.
- Pues si, me respondió, ¿cuántas quiere?
- ¿A como son?, le respondí.
- A sesenta centavos, cada una, me contestó malhumorado.
- ¿Y cuántas tendría que tomarse alguien que tiene paludismo? —le dije.
- Pues, por lo menos, unas *veintiuna*, ya que son tres diarias durante una semana, al menos, eso es lo que recomiendan los entendidos, yo sólo las vendo, manifestó burlesco.

En diez son seis colones, pensé, en veinte doce, más sesenta de la otra, pues, suman doce sesenta para cada uno de los enfermos. Para los cuatro serían...

- Disculpe, ¿cuánto costarían las pastillas para cuatro enfermos?

Agarró un papel y se puso a hacer cuentas, mientras tanto, yo trataba de calcular, mentalmente, cuánto sería el total. Si en veinte son doce, me dije, esto multiplicado por cuatro son cuarenta y ocho, mas dos cuarenta de las otras cuatro, por consiguiente, son cincuenta colones con cuarenta centavos...¡Púchica, pero sólo cargo treinta pesos!

— Serían cincuenta colones y cuarenta centavos —me dijo, viéndome a los ojos con cara de inteligente.

Tenía que tomar una decisión. Salvar a algunos o dejar que todos perecieran por el paludismo. Con mis magros recursos, no podía comprar medicamentos para todos. De allí que tenía que optar.

— Déme cuarenta y dos, le dije. Mientras tanto en mi mente no podía evitar los ojos de la mujer enferma y los del niño que no había parado de llorar mientras estuve frente a ellos. Y pensaba para mis adentros: que mierda es la vida, ahora resulta que yo soy una especie de Dios, y tengo que decidir quienes vivan y quienes, no.

Me encaminé a paso ligero rumbo a la casa donde habían quedado los palúdicos. El sol del mediodía pegaba más fuerte y el calor lo sentía insoportable, cuando se me hicieron presente con mucha más fuerza las cervezas cubiertas de escarcha, al punto de sentir su sabor y su frescura bajando por mi garganta, la cual se me secó por el intenso deseo. Y en ese instante, me sentí desorientado, totalmente perdido. No sabía hacia dónde dirigirme, todas las calles me parecían iguales y las casas, allí estaban con sus diferentes tonos de blanco, pero nada me decían acerca de hacia dónde caminar. Me quedé parado, tratando de descifrar dónde quedaba el norte o el sur, el oriente o el poniente; sin embargo, aunque por la inclinación de las sombras, deduje cuál era el poniente, de muy poco me sirvió, pues, no sabía en qué rumbo estaba la casa de los enfermos. Entonces experimenté un ligero mareo, —no se por qué cuando uno se desorienta tiende a marearse— y luego una pérdida de equilibrio, un querer doblárseme las piernas, como cuando uno se ha bebido media botella de whisky sin levantarse para ir al baño y de repente intenta hacerlo y vuelve a caer sentado, expresando: ¡puta ya estoy a verga!

No encontrando qué hacer me senté en una grada de una casa a la que el sol le daba en las espaldas y comencé a mirar hacia la casa de enfrente, observé que las paredes estaban sin pintar, se habían quedado tan sólo con el color de cemento del repello, la puerta y la ventana, ambas de madera tosca, ya estaban carcomidas por el impacto de la lluvia y el paso del tiempo, sobre el techo

de teja crecían algunos líquenes. Era una miserable casa de pueblo, sin ninguna huella de haber sido en alguna época una casa hermosa, señorial, como aquella de mi abuela en la que yo me había criado. Era una simple, vulgar y corriente casa, con una puerta y una ventana, sin más atractivo que el propio de las mujeres de edad madura, que tan sólo sirven para desaguar, para satisfacer una necesidad fisiológica, pero nada más.

Fue entonces que pensé en lo que había sido mi vida en los últimos meses, meses de mucha soledad y ansiedad, no de pena, ni de dolor, pero sí de mucho vacío, al punto de odiar y temer la llegada de los fines de semana, durante los cuales tan sólo abría la boca para comer y beber. Por eso es que entre mi lista de compras, aparecían dos botellas de licor, ya que esa era mi cuota de consumo para el fin de semana, como la media libra de jamón de pavo, para el desayuno diario, durante la semana laboral o los frijoles para calentar en el micro-ondas, lo eran para la cena. Hastiado de esa cruel rutina, ocurrió que un domingo por la mañana llegué a la terminal de oriente y me subí al primer bus que encontré y fui a parar a ese pequeño pueblo, cuyo nombre ni siquiera averigüé cuál era, porque a decir verdad ni me importaba. Andaba huyendo de mí mismo, en una de esas típicas fugas geográficas del alcohólico abandonado, con la pequeña diferencia que yo era el que había dejado a la que fue durante algunos años mi compañera de vida.

Desgraciadamente para mí, asaltaron el bus —cual era usual en esos días— y me robaron la cartera, dejándome tan sólo los treinta pesos que llevaba en la bolsa de la camisa, que eran el vuelto que había recibido del cobrador cuando le pagué con un billete de cincuenta. El reloj, también me lo robaron, pero al fin y al cabo, ya estaba viejo y no valía nada, como cualquiera diría, aunque me servía para saber la hora. Había perdido su valor de cambio pero aún conservaba su valor de uso y obviamente, por eso lo conservaba, ya que de las cosas lo que importa es su valor de uso, por más que en las sociedades capitalistas nos quieran imponer lo contrario. Pese a eso, existimos algunos tercios que nos resistimos a aceptarlo, somos aquellos a quienes se nos considera como inadaptados sociales, ¡Vaya, con lo que a uno le importa!

Y allí estaba sentado en una grada como cualquier parroquiano, sin saber hacia dónde encaminar mis pasos, como tampoco mi vida. Estaba y me sentía realmente extraviado. Hay veces en la vida que uno pierde el rumbo. Y así venía sintiéndome yo, desde antes de haber terminado con mi mujer. Si bien, ella no era nada excepcional, al menos me hacía sentir parte de algo, parte de una familia. Al fin y al cabo, tener unos hijos y una mujer, le marcan a uno ciertas pautas, cierta ruta por la cual caminar. Pero al dejarla, había perdido una parte relativamente importante de mi vida. Estaban los hijos, los cuales no dejaban de generar cierta motivación para seguir viviendo o al menos, cierta responsabilidad. Pero desgraciadamente, no bastan. Como tampoco basta la familia, esta es un microuniverso, muy importante por cierto, pero con todo insuficiente. Eso, apenas estaba comenzando a comprender en aquel instante en que me sentía perdido en aquel pueblo de largas y sinuosas calles empedradas.

Bien, me dije, recordando aquella vieja frase que le escuché a un abogado, cuando en bachillerato nos llegaban a dar charlas distintos profesionales para que pudiéramos decidir sobre la carrera a escoger: *aunque no vayas a ninguna parte, nunca te quedes en el camino*. De modo, que comencé a caminar y a caminar. Por último, pensé, aunque tuviera que recorrer todas las calles de este maldito pueblo caluroso de oriente, más tarde o más temprano terminaría encontrando la casa con los enfermos. Al fin y al cabo no eran tantas las calles y yo tampoco tenía prisa, ya que aún no había resuelto mi problema inmediato de tomarme, al menos, una cerveza, ni el mediato, de cómo hacer para regresar a la capital.

Afortunadamente, como dicen, *¡que chiquito es el mundo!* Y en aquel pueblecito cuyo nombre ni siquiera sabía, apareció como enviada por Dios, por el destino o por una simple casualidad: una ex-alumna llamada Nadiezza, nombre, cuyo significado en ruso es esperanza.

- ¡Hola, licenciado! ¿Qué anda haciendo por aquí?
- Pues vea, no se cómo vine a dar a este pueblo, pero eso no sería problema, si supiera cómo salir de aquí. Pero desafortunadamente... Y luego de narrarle mi tragedia en el bus, pasé a preguntarle por los enfermos y casualidad de las casualidades,

ella vivía en la misma cuadra y los conocía, de modo que manifestó muy alegremente:

- Vamos, yo lo voy a acompañar, pero antes pasemos por la farmacia.
- Pero cómo, ¿Ud. les va a ayudar?
- ¿Y por qué no licenciado? Si ahora me está enseñando con su práctica a qué se refería cuando hablaba de la solidaridad, allá en la UCA. Lástima que una, acostumbrada como está a ver la miseria y los problemas de esta gente, termina viéndolos como ver llover. Pero en realidad no debe de ser así. Y tampoco tiene porqué ser así.
- ¡Gracias, Nadiezda! Usted me está empujando a creer de nuevo en la gente. El punto sería, ¿cómo hacer para que los seres humanos, en general, vieran los problemas de sus semejantes ya no más como ver llover? Ciertamente, ello no basta. Pero para empezar es bastante, al menos, es mucho más que no hacer nada, ¿no cree?
- Si usted lo dice... Recuerde que el profesor es usted.
- Bueno, fui su profesor...Ahora, podemos ser amigos, ¿no le parece?

* * *

Nadiezda, resultó ser una mujer con muchas más cualidades y atractivos de los que yo pude haber imaginado, aunque desde que fue mi alumna me resultaba simpática por su mirar con algo de picardía y su sonreír con toda la candidez de una niña. Llevamos tres años trabando juntos en una ONG, ciertamente, no dedicada a combatir el paludismo, ni a hacer el negocio de los noventas, sino tan sólo contribuyendo a que la gente se gane el pan de cada día de manera honrada y que cargue unos cuantos pesos en la bolsa como para poder comprarse aunque sea unas pastillas de quinina. Lo que hemos logrado, no es mucho. Estamos claros que es insuficiente, pero tenemos conciencia de ello y seguimos trabajando con muchas ganas, a fin de contribuir a construir la esperanza, los sueños, la utopía de los pobres, no para disminuirle las contradic-

ciones al sistema, sino para socavarlo desde la base, lo cual no sólo es bueno sino más inteligente.

Adicionalmente, por medio de ella —por su forma de ver las cosas— y gracias a ella —por la dulzura con que trata a las personas pobres—, he logrado reencontrar mi rumbo en la vida, de la teoría pasé a la práctica, lo cual es bueno aunque te borren de la lista de los intelectuales, si es que alguna vez estuvistes entre ellos, porque en nuestro medio los marxistas, son descalificados sin siquiera leerlos. Eso es así porque cuando al final de jornadas agotadoras de diez, doce y hasta catorce horas regresamos al hogar, aún tenemos ánimos para hacernos el amor, —algo que ya empesaba a olvidar en mi antigua relación— porque si de algo estamos seguros es que estamos llenos de amor por nosotros mismos y por todos aquellos a quienes, de una u otra forma, les demostramos, con hechos, todo nuestro amor. Y es que el mundo, además de silencio, necesita de amor, de mucho amor...Que el mundo no basta, también lo entendemos, pero pensamos que es un buen paso, porque nos encamina en la dirección justa y adecuada...la de la esperanza, en un futuro mejor, como diría Jon Sobrino.

